

LOS PERROS

Contactar con la autora

[Volver a la portada principal](#)

Liturgias compartidas

-Te gusta mirar, te encanta observarnos, ¿eh? Cómo te descompones, pichurrín... Míralo, se derrite como la nieve al Sol, qué enderezamiento. Pues te vamos a dar gusto, bribón, lo que va a pasar ahora mismo aquí no lo podrás olvidar nunca. Te vamos a dar una lección sobre lo poco que sois los hombres frente a una mujer. Mejor dicho, frente a dos mujeres, pichón. Te vamos a demostrar de qué somos capaces. Te vas a ablandar como un caramelo en el fuego, *menosqueperro*, de esta vas a acordarte mientras vivas. Te arrepentirás de habernos conocido. Maldecirás mi nombre, desearás haberte perdido el día que me viste la primera vez... Mirón, vamos a jugar ante ti, y tú vas a tener la gloria y la desgracia de contemplarnos... Sufre, bribón, sufre a través de la vista, colitieso, fúndete como la cera...

Engalanadas con sus mejores lencerías, blancas como las de dos novias, se aprestaron para amarse ante mis ojos llameantes. Lucían medias brillantes como la nieve con encajes en los muslos, ligueros blancos y guantes de satén del mismo color como excusa para poder desnudarse también las manos cuando el momento lo requiriera. Estaban perfectamente maquilladas y peinadas para su encuentro, y, por si faltaba algo, un collar de perlas iridiscentes adornaba el cuello de ambas.

De repente, la vieja hizo ademán de llevarse algo a la boca. Más tarde lo supe, se trataba de una píldora diurética, de un *Seguril*. A continuación, comenzó a beber a sorbos todo el contenido de una jarra de agua fresca... No me exigieron la desnudez en aquella ocasión, pude seguir su espectáculo con mi ropa de calle...

Andrea se arrebujó sobre el sofá del salón, y enseguida la vieja fue en su busca. Quedó de pie frente a ella, dándome las espaldas con su cuerpo confuso. Tenía como siempre las nalgas plétóricas, y su pelo, de un blanco inmaculado, a lo *garçon*, destellaba a la escasa luz de la estancia. Plantada sobre el suelo y en posición dominante sobre Andrea, le encajó el sexo contra su cara sin titubear un momento, exigiendo que lo festejase...

La vieja empezó entonces a girar los glúteos y, mientras tanto, sin musitar una palabra, con obediencia ciega, Andrea la devoró literalmente, sujetándola por la cintura para no impedir sus contorsiones... A la par, mostrando una indiferencia insultante, la vieja continuó bebiendo y bebiendo sin parar. De cuando en cuando dejó escapar una risita maliciosa, o algún que otro suspiro de alivio.

Entretanto, Andrea continuó engolfada en aquella sima lampiña como solo podría imitar la caniche favorita. Su lengua ansiosa intrigó a lo largo y ancho del augusto portal, labios contra labios, ciega de amor sobre aquellas carnes inciertas. Así prosiguió hasta que a la vieja le fallaron las piernas, víctima del frenesí de sus entrañas glorificadas...

Necesitó sentarse unos breves instantes para recuperarse. Luego, empezó a besar a su consorte en la cara, devorándole la boca para llenarse de sus propios aromas. Pero aquello no duró mucho, enseguida la hizo tumbarse sobre la gran alfombra del salón, sin abandonar en ningún momento su actitud dominadora y exigente...

Con Andrea tendida boca arriba, la vieja se arrodilló sobre ella para encajar sus femeninas entrañas sobre uno de los espléndidos senos de la yaciente sumisa. La alemana lo apretujó entre sus manos, y macerada como se hallaba por dentro la vieja, comenzó el sorprendente proceso de la penetración del modo más insólito que pudiera haberse imaginado. La añosa dama, apoyada con los brazos sobre el suelo, empezó a subir y bajar

su cuerpo, de modo que los pechos de Andrea se convirtieron por turno en delicados y blandos penetradores...

Qué expresión de vicio se reflejaba en el rostro de la vieja. Se la veía en un estado sublime, diabólicamente sublime. Mientras Andrea apretujaba el seno elegido con ambas manos para facilitar la engullida, la vieja siguió arriba y abajo llenándose de blanduras. Primero uno, luego el otro. Tras la porfía, ambos quedaron relucientemente húmedos para lo que iba a venir después...

De nuevo se encajó la vieja sobre uno de los salientes, ya macerados previamente, hincándose sobre él hasta desaparecer de mi vista todo su volumen. Logrado el empeño, cerró los ojos igual que un místico en meditación, concentrándose ensimismada. De pronto, como si esperase algún acontecimiento extraordinario, la expresión de Andrea cambió. Súbitamente se transformó en risueña y gozosa. Su cuerpo experimentó a continuación un leve temblor, un placentero estremecimiento. Un hilillo de áureo líquido comenzó a escapar del ensamblaje. Un leve reguero de tibia orina empezó a refulgir a la tenue luz de la estancia. La vieja se estaba vaciando sobre Andrea, abandonándola así a las delicias más placenteras, según se podía juzgar por la expresión de su rostro... Pronto empezó a elevar las rodillas invadida por el gozo, y tendida bajo la vieja como se hallaba, sus piernas dejaron entrever una suave contracción...

Victoriosa sobre la sumisa y entregada pareja, la enigmática anciana estaba dosificando su cargadísima vejiga sobre los pechos de Andrea. A sus pezones, dos antenas vivas rematando aquel par de plácidas colinas, les bastaba con recibir el cálido chorro para transmitir suficiente excitación y encumbrar a la dueña sobre el propio cuerpo...

Más tarde repitieron la operación con el seno desatendido. Nuevos derretimientos, y... ¡qué felicidad continuada se veía en el rostro de Andrea! La vieja, triunfante sobre ella, con su cuerpo indefinido y misterioso, se manifestó a su antojo como la perversión entrada en años...

No les bastó torturarme con tales juegos ante mi vista, porque la vieja volvió a su sometida espaldas arriba, para cabalgarla a continuación sobre las mismas grupas. Aunque la maniobra era más dificultosa repitió la operación, hondonada sobre hondonada. Difícil imaginar con qué precisión llegaron a encajar de nuevo una sobre la otra. La vieja aún tenía reservas suficientes como para descargarse otra vez e infiltrar los chorros de su lujuriosa orina sobre las sensibilidades más escondidas de Andrea. En esta ocasión, contra el mismísimo abrigo anular de la retaguardia. A su cálido contacto, ella respondió con nuevos estremecimientos y una expresión realmente despavorida, fuera de sí misma y del mundo, ensalzada sobre las mismísimas cimas del eretismo...

Cuando Andrea volvió a la consciencia, la vieja aún seguía campeando sobre su montura, inmóvil como una estatua. Ya recuperada la alemana, se giró debajo de ella y, sin decir palabra, fue a buscar la femenina hendidura de su consorte para devorarla de nuevo. Enjugó primero las relucientes gotitas de orina que, como rocío de madrugada, aún se resistían a separarse de las formas abizcochadas. Libó en ellas llenándose de su néctar, y mientras se hallaba engolfada sobre aquella flor como la abeja en plena recogida matutina, la vieja dejó escapar sobre su rostro una nueva catarata de transparente líquido...

Andrea no solo no lo esquivó, sino que con cara de gloria se aprestó a gozar bajo el potente chorro, increíblemente largo, aparentemente inagotable, hasta que, poco a poco, fue cediendo en medio de su rostro resplandeciente... A las últimas gotas corrió de nuevo a enfrascarse sobre aquel manantial alegre, enjugando con labios amorosos los otros labios agotados por las delicias en una tierna escena llena de adoración hacia su dueña, hacia su única y exclusiva dueña...

Justo en esos instantes, sin poder soportar más el gozoso sufrimiento de contemplarlas, me destemplé una vez más ante su vista. Quedé ridículo e insignificante con

la bragueta de los pantalones calada, pero me sentí feliz y privilegiado de haber podido presenciar una vez más los ritos del amor prohibido y sus secretos de lujuria...

Al darse cuenta de que me había mojado como un niño en su primera polución nocturna, no dejaron pasar la ocasión y se rieron de mí y de mis flaquezas masculinas hasta hartarse. Eso provocó mi sonrojo, lo cual aún subió más el tono de sus risitas y comentarios. Me vi tan poca cosa, me sentí tan insignificante ante ellas, que repudié haber nacido hombre, hombre varón, tan vulnerable a sus perversidades...

Pero, poco a poco, día a día, me fui dando cuenta también de que, conociendo al detalle sus secretos mejor guardados, las tornas podrían llegar a cambiar con el tiempo... Eran mis primeros destellos de rebelión, las primeras chispas de libertad que me brotaban espontáneamente desde los adentros... Ellas estaban tan convencidas de su aparente superioridad, que no alcanzaron a verlas...

Al verme tan mojado, la vieja farfulló enfurecida:

-What's this? Hey, what's this? You're soaked through... Why did you do it? Ugggh...! What an insignificant man...

Sus ojos empezaron a echar centellas de rabia incontenible, y, furibunda, pareció enloquecer. Andrea se echó a sus pies, pero ningún gesto de comprensión o de piedad salió de aquella anciana aureolada de misterio. Enrabiada, hizo una mueca incomprensible para mí, y Andrea captó perfectamente su significado. Desnuda como se hallaba, le ofreció las nalgas arrodillada sobre el suelo. La vieja se enfundó entonces un viejo uniforme militar, cubrió su cabeza con una gorra de plato y, tomando un fuste entre las manos, comenzó a descargarlo sobre aquel par de volúmenes dominados por la blancura...

Hice además de ir a proteger a la víctima, pero Andrea misma me lo impidió con su imperiosa mirada. Uno tras otro, los golpes se fueron sucediendo con increíble violencia, mientras la vieja, mostrando un semblante rencoroso, no dejaba el menor resquicio a la compasión...

Una y otra vez restallaron las descargas sobre aquellas grupas adorables, entregadas a su castigo sin exteriorizar la menor resistencia ni el más mínimo gesto de dolor. Al contrario, Andrea volvió hacia atrás la mirada para mostrar a su verdugo unos ojos llenos de agradecimiento. Enternecedor, incomprensible, inabarcable el sentimiento de dominación y sometimiento de ambas. Mientras tanto, las carnes flageladas fueron tomando una tonalidad rojiza cada vez más intensa. Cuanto más laceradas se hallaban, con más ira se descargaba la vieja sobre ellas.

Qué espectáculo, qué excitación me invadió. Por fin se abrió la piel en jirones, y de lo que antes fueron aterciopeladas y albas delicadezas, comenzaron a brotar gotitas de sangre, luego, sendos hilillos de un rojo brillante. Cuanta más sangre corría sobre las posaderas de Andrea más enrojecidos se mostraban los ojos de la vieja y más descontrolados descargaba los golpes, presa de su arrebató colérico. Hasta que, de pronto, gritó:

-Now you, now you. Now you, stupid!

No pude reaccionar ni defenderme, se hallaba enloquecida y yo congelado ante sus frenéticos impulsos. Me desvistió destrozándome la ropa violentamente hasta dejarme completamente desnudo, e, incontrolable, buscó el miembro erecto para golpearlo. Más que mofarse, se desternilló a cada impacto sobre mis virilidades. Tan paralizado estaba que, sin apenas darme cuenta, ya las tenía atadas al extremo de una cuerda, a la que anudó previamente un ladrillo macizo de dos agujeros. Fuera de sí soltó entonces un alarido terrible, y, sin pensárselo dos veces ni darme tiempo a reaccionar, lanzó el lastre por la ventana abierta, tres pisos por encima del jardín...

En un instante comprendí que era hombre capado e intenté detener la cuerda que se iba para abajo irremisiblemente. Pero era tal su movimiento caótico y el pánico que me invadió que resbaló entre mis dedos. Aún rió otra vez la vieja llena de histeria ante mi

desesperación, Andrea puso cara de espanto, y yo, quedé estático y rígido como una estatua, presa del terror... En el silencio de la noche se oyó el estrépito del ladrillo al romperse contra el suelo... Experimenté un profundo e inesperado alivio... Ni yo, ni Andrea, que mostraba un rostro desencajado, podíamos imaginar que la cuerda tenía la longitud justa para no arrastrar consigo todas mis externas virilidades... La vieja, pese a todo, aún había sido clemente con nosotros y, en el fondo, sentimos infinito agradecimiento hacia ella...

Apenas unos momentos después me flojearon las piernas, y un sudor frío salió de mi piel por todo el cuerpo. Era parte de los síntomas de una gran turbación, fruto del intenso horror vivido durante aquellos breves instantes, que a mí se me hicieron interminables. Todo un infierno que, felizmente, ya estaba superado. A consecuencia del pánico vivido, mi miembro se enfundó entonces en su abrigo protector hasta desaparecer como un caracol bajo su concha, y tan breve quedó que hasta se me hizo molesto semejante encogimiento. Apenas se podía apreciar su presencia, estaba contraído e insignificante, adimensional. La vieja volvió a reír escandalosamente al contemplar tan deshonrosa retirada. Andrea rompió entonces su ciega sumisión, y despertados con tan terrible escena sus instintos maternos, vino a enjugar mi sudor con sus labios, protegiéndome como a un bebé.

La vieja irrumpió entre los dos violentamente para separarnos, presa del furor. Tomando a Andrea por los cabellos, se la llevó arrastrando hasta el cuarto de baño...

Encendió la luz. Inesperadamente, se abalanzó sobre las nalgas malheridas de la alemana para pasar a besarlas llena de fervor. Era solo un juego de equívocos consentidos. Al final, empecé a comprender que no se trataba más que de estrategias para provocarse el delirio amoroso entre ambas.

No hicieron falta palabras para la reconciliación. Con sus propios labios la vieja le embebió la sangre, y luego la recorrió con la lengua aplicándole el vulnerario de una abundante saliva. Yo volví a contemplar la escena y, mientras tanto, ellas se enfrascaron en su insólita ceremonia de expiación...

Cuando la dieron por terminada la vieja abrió los grifos de la bañera e introdujo dentro a su consorte tumbada todo lo larga que era. A continuación, se despojó del uniforme militar, e igualmente desnuda como Andrea, dejó que el agua tibia fuese ganando espacio... De nuevo reinó el silencio, interrumpido solamente por el chorro del grifo batiendo contra las aguas tranquilas...

El nivel iba subiendo poco a poco. Mientras tanto, ellas se fueron devorando con la mirada, sin siquiera parpadear, como dos diosas en pleno Olimpo. La vieja se puso a acariciar los cabellos de Andrea, que ya empezaban a mojarse por la nuca. Entregadas una a la otra, se besaron largamente sin soltar sus labios prendidos, ni siquiera cuando el agua los rebasó. La vieja continuó arrodillada fuera de la bañera, y Andrea dentro, ya se dejaba ver por completo sumergida. Ello no fue obstáculo para prolongar su beso mortal. Poco después, la vieja se vio forzada a soltar presa víctima de la asfixia, pero Andrea siguió sumergida a la espera de un posible indulto.

Finalmente, aquella mujer vetusta cerró los grifos. Todo quedó en un silencio expectante, ella, contemplando la agonía de su propia consorte, y Andrea, con la dulce sonrisa de la muerte en la mirada, sin hacer un solo gesto, ni un ademán de pretender salvarse, ni un movimiento para evitar su fatal y cruel destino. Con los ojos abiertos viéndonos bajo el agua, se la veía feliz dando satisfacción a la voluntad de su ama. Tenía la expresión de un mártir a quien finalmente le ha llegado el momento de entregarse por la causa, feliz de encontrarse ya en el umbral de la eternidad. A sabiendas de que yo no podía hacer nada mejor que contemplar sus rituales, esperanzado con el presentimiento de que algo sucedería en el último instante, no me perdí un solo detalle de aquella tierna escena de amor...

Sin embargo, parecía que ahora todo iba en serio, porque los labios de Andrea dejaron entrever bajo las aguas una ligera cianosis. La vieja se hallaba ida, sus ojos le

saltaban fuera de las órbitas. Ahora introdujo las manos en el agua y empezó a acariciar a su ajusticiada, completamente entregada a la muerte y a los designios de la dueña. Los tonos azulados fueron ganando terreno bajo las aguas, primero en sus labios, enseguida en las uñas, pero ni aun así pude captar un solo ademán de buscar la supervivencia, ni una mueca de dolor o sufrimiento. El rostro de Andrea se veía radiante, feliz y gozoso de su suerte...

Pasados varios e interminables minutos, la vieja abrió el desagüe y el nivel comenzó a bajar lentamente...

La ordalía fue de tal calibre que se hizo preciso reanimar a Andrea. La vieja corrió entonces en busca de una mascarilla de oxígeno, se la aplicó y, en cuanto desaparecieron los tonos violáceos de aquel cuerpo laxo y desmadejado, comenzó el más tierno y regalado boca a boca que jamás haya podido contemplar en mi vida...

Andrea volvió de los umbrales de la muerte para resucitar en medio de los mayores delirios de amor... Sus lívidas mejillas se encendieron entonces de un vivo rosado, y los labios del fuego que solo la pasión ardiente puede hacer brotar. Los ojos chispeantes de ambas relucieron nuevamente excitados por sus lujurias... En cuanto a mí, contemplativo, sin poder hacer otra cosa que presenciar sus cortejos, seguí allí como mudo espectador de aquel panorama de locuras...

[Contactar con la autora](#)

[Volver a la portada principal](#)

Creaciones Erotismo Fantástico